

—Pues hasta mañana.

—Hasta mañana.

Y Don Nuño se alejó mientras que Rompetejas entraba en la posada refunfuñando:

—Por los cuernos de Satanás que la cosa es digna de notarse! Por quién tomará ese hombre á Rompetejas, el valiente de Segovia? Un asesinato!... hum!

IX.

EL HOMBRE PROPONE Y DIOS DISPONE

La ermita de Santa María del Parral que alguna vez hemos oído citar á los personajes de nuestra historia, se elevaba al norte de Segovia en una bella y encantadora posición. Era, mejor que ermita, una especie de oratorio de antiquísima fábrica con un edificio bajo unido á sus paredes y que servía de habitación á un anciano monge, allí retirado para disfrutar tranquilo de los consuelos de la oración y de las glorias de la penitencia.

Hallábase el venerable anciano sentado á la caída de una tarde á la puerta del santuario, cuando vió adelantarse hácia la ermita una litera cubierta, precedida por dos caballeros y seguida por tres hombres cuyo exterior truanesco no inspiraba ciertamente mucha confianza.

Levantóse el digno varón al ver llegar aquella inesperada comitiva y se adelantó á recibirla. Entonces, uno de los dos caballeros que iban delante, echó pié á tierra y preguntó respetuosamente al monge si podrían descansar en la casita interin le comunicaban el motivo de su llegada y lo que de él esperaban.

—Pobre y mal alhajada hallareis mi habitación, nobles señores, —con-

testó el monge, —pero disponer podeis de la morada del humilde anacoreta.

Entonces Don Nuño, pues que no era otro el caballero, descorrió las cortinas de la litera y ayudado de Rompetejas, que era uno de los tres que marchaban detrás, sacó á Doña Beatriz al parecer desmayada y transportola al interior de la casita donde la dejó reposar sentándola en un sitial de la estancia. En seguida volvió á salir, despidió á los portadores de la litera y mandó á Rompetejas y á sus dos camaradas que fueran á atar sus caballos á espaldas de una peña y esperaran sus órdenes. Cuando todo esto se halló terminado, el de Torre la Selva se dirigió al caballero que habia llegado en su compañía y que, habiéndose apeado, se paseaba á grandes pasos por delante de la puerta del oratorio.

—Don Fadrique, —le dijo— ya que sabeis mi plan y lo habeis aprobado, reparad que todo está dispuesto y que ha llegado el momento de obrar.

—Es una cosa invencible el odio que le tengo á ese hombre y que he heredado de mis padres, —dijo el de Guzman contestando á sus propios pensamientos mejor que á la observacion de Don Nuño, —conozco que lo que vamos á hacer no es digno de nobles y leales caballeros, pero lo admito porque satisface mi venganza, porque sacia mi odio.

—No es noble ni leal, decís? Pues qué, ha obrado él con nobleza y con lealtad respeto á vos? Conociendo el odio hereditario de vuestras dos familias, sabiendo que nunca la mano de vuestra hermana podría llegar á ser suya, ha intentado sin embargo requerirla de amores y, para mejor encubrir sus planes, ha ocultado su nombre y su rango á todo el mundo. Todo con el objeto de llegar hasta ella sin los obstáculos que no hubieran dejado de atravesársele á ser conocido su nombre, todo con el objeto, no lo dudeis, de seducir á vuestra hermana y deshonorar vuestro nombre. Y esto, decid, esto es leal y noble? Porqué pues ser hidalgo con quien no sabe serlo? Don Fadrique, creedme, noble podeis ser con los nobles, pero ruin es fuerza que seais con los ruines.

—Cierto es todo lo que decís, Don Nuño, pero hubiera preferido clavar mi espada en su corazón traidor, cara á cara, sol á sol, en la arena del palenque.

—Tiempo os queda aun para hacerlo, —dijo Don Nuño mordiéndose los labios. —Renunciemos á nuestro plan y salid á su encuentro. Luchad con él, y si él os vence, si queda entonces huérfana vuestra hermana á merced del vencedor, no será la culpa sino de vuestra imprudencia.

—Es verdad! es verdad! —murmuró Don Fadrique en cuyo corazón se

ahogó de pronto el generoso impulso en él nacido. — Sea como lo habeis meditado. Vuestro plan es el mejor, y así concluiremos de una vez.

Y se adelantó hácia el monje que continuaba de pié en el umbral del santuario, atónito y sorprendido con la misteriosa llegada á su ermita de aquella estraña comitiva.

— Padre, — le dijo — yo soy el conde Don Fadrique de Guzman, y esa dama que está en vuestra habitacion y que se ha desmayado por el camino, es mi hermana. Aquí la he traído para efectuar su enlace con ese caballero, que es el noble Don Nuño de Torre la Selva. Un voto á Santa María del Parral me obliga á no celebrar en ningun otro santuario la boda de mi hermana. Ya estais pues enterado, padre, y ya sabeis cuales son ahora los servicios que se reclaman de vuestro santo ministerio.

El monje perdió toda sospecha desde que supo que era quien le hablaba un caballero tan ilustre como el de Guzman. Inclínose pues en señal de consentir en lo que se le pedia y entró en el santuario para disponerlo todo.

— Ahora, — añadió Don Fadrique dirigiéndose al de Torre la Selva — quedaos aquí para disponer la emboscada, para libertar á Castilla del tirano que pretende ser con el tiempo otro Don Álvaro de Luna, mientras yo voy á despertar del letargo á mi hermana y á imponerla mi inflexible mandato.

Y se encaminó al edificio en el cual entró pasando á la habitacion donde habia sido transportada Doña Beatriz. Estaba la bella de las bellas sumida en un profundo letargo, ocupando un carcomido sitio, pobre adorno de una mas pobre estancia en cuyo fondo se alzaba un tosco altar de madera.

Don Fadrique se acercó á la dama y dióla á respirar la esencia de un pomo que sacó de su escarcela.

Beatriz empezó á moverse, respiró con fuerza como si se desahogara de un peso que la tuviera oprimida hasta entonces, volvió los ojos en torno y al verse en un lugar para ella desconocido, lanzó un grito y se puso en pié como movida por un resorte.

— Qué es esto? — murmuró, — dónde estoy? quién me ha traído aquí?

— La voluntad de vuestro hermano, — dijo Don Fadrique adelantándose.

— Ah!

— Volveos pues á sentar y escuchadme si os place, que ha de ser algo grave nuestra conversacion.

— Hermano, qué tono es ese que conmigo usais? — exclamó la sorprendida dama. — Cómo me encuentro aquí? qué es lo que por mí ha pasado? Recuerdo que estaba apoyada en la baranda de la galería, contemplando mi verjel

y mis flores, cuando me he sentido desfallecer y un sueño como el de la muerte ha tendido sobre mí su velo.

— Era el efecto de un narcótico que habia puesto yo en vuestra copa.

— Y porqué un narcótico?

— Porque os necesitaba dormida para haceros transportar aquí.

— Hermano!

— Despierta no hubierais venido jamás so pena de veros arrastrada, y he querido evitar esta molestia y esta humillacion á mi hermana.

— Pero qué lugar es este?

— Oh! tranquilizaos. Es simplemente la ermita de Santa María del Parral.

— Y qué tengo yo que hacer en esta ermita? porqué me habeis traído aquí?

— Esto es lo que vais á saber en seguida si os tomais la molestia de escucharme un breve instante.

— Pero?....

— Qué teneis que temer? No está aquí vuestro hermano?

— Es que este hermano se porta conmigo de una manera.... de una manera....

— Acabad.

— Os pesará que concluya la frase.

— Acabadla os digo.

— Dejémosla así.

— Acabad, voto á mil diablos!

— Pues bien, de una manera....

— Incalificable!

— No, de una manera indigna de quien es y de como se llama.

Don Fadrique ahogó la cólera que hizo nacer en su corazon esta frase y cruzándose de brazos, exclamó con cierto tinte de ironía:

— Pardiez, señora, que si no supiera yo quien sois y lo que me debo, habia de vengar esta injuria!

— Caballero, estais insultando á una dama.

— Pues entonces, señora, callad y oidme.... callad y oidme, vive Dios! que demasiado estais viendo que mal reprimo la cólera que me ahoga!

— Hablad, pues, hermano. Pronta estoy á escucharos.

Y la bella de las bellas envolvió á Don Fadrique con una mirada de supremo desden y se sentó con el ademan de una reina.

El de Guzman procuró reprimir su enojo y se acercó á ella:

— Ya sabeis, — le dijo, — que he dispuesto de vuestra mano.

— Creo recordar que me lo dijisteis un día, contestó Beatriz con una indiferencia glacial.

— Pues bien, ha llegado el instante.

— No os comprendo.

— El instante de cumplir vuestra promesa.

— Mi promesa! — dijo admirada la dama. — Repito que no os comprendo.

— Quiero decir que vais á casaros. Comprendéis ahora?

— Casarme!

— Sí.

— Yo!

— Vos.

— Yo?... Estais loco, Don Fadrique?

— Loco me volvierais vos, señora, si atendiera á vuestra razon. Hay un hombre que reclama vuestra mano.

— Y quién le ha dado derecho para reclamarla?

— Yo.

— Y quien os mete á vos en darle este derecho?

— Soy ó no vuestro hermano?

— Para cuidar de mis bienes y de mi honra os dejó nuestro padre, pero nó para disponer de mi corazón.

— Abreviemos, hermana. Mi palabra está empeñada y sereis hoy mismo esposa de Don Nuño.

— De Don Nuño el que mordió la arena en el torneo? Buena lanza es vuestro amigo y honra grande adquiriera nuestra casa con darle yo mi mano!

— Dejad irónicas insinuaciones. El altar está preparado. Os aguarda Don Nuño.

— Don Fadrique, atended, os digo, que la hija de un Guzman no será jamás la esposa de Don Nuño.

— Jamás?....

— Jamás!

— Es esta vuestra resolucion? — dijo el caballero pálido de furor.

— Es mi resolucion.

— Pues bien, os arrastraré al altar.

— Me arrastrareis cadáver.

Don Fadrique para calmar la furia que hervia en su pecho, el coraje que lucía en sus ojos, dió dos ó tres paseos precipitados por la estancia. Hallábase vivamente agitado, presa de una exaltacion febril y peligrosa, como lo son

toda clase de cóleras reprimidas en hombres de un carácter orgulloso y violento cual el de Guzman. En cuanto á la hermosa Beatriz, permanecia en su sitio, algo pálida, es verdad, pero tranquila y serena.

En uno de sus paseos, el conde se paró ante su hermana y cruzándose de brazos, la dijo con un cruel acento de sarcasmo y de rabia al mismo tiempo:

— Con qué, vos sois la noble doncella que oye amores del marqués de Villena? Con qué vos sois la que deja vestir sus colores al del capúz colorado y presentarse en la justa á romper por vos un par de lanzas? Con que vos sois, en fin, la que olvidando sus deberes, su dignidad y su decoro, la que dando al olvido un odio de raza, prestais atento oido á los galanteos del enemigo mortal de vuestro hermano, del hijo del enemigo mortal de vuestro padre, del nieto del enemigo mortal de vuestro abuelo?

Beatriz palideció de una manera horribilè.

— En verdad que lo toco y no lo creo! — continuó Don Fadrique á quien el furor ponía cada vez mas ciego. Y para esto os legó su nombre mi padre? Para que fuerais amiga de sus enemigos y deshonrarais.... sí, y deshonrarais, porque es vuestro amor una deshonra, y deshonrarais el nombre de los Guzmanes!

Doña Beatriz se puso en pié lívida como un espectro.

— Estais villanamente insultando á una dama — dijo con furor, — y mas caballero fuera en vos atravesarla el pecho con una daga que hacerla blanco de la befa y del escarnio. Don Fadrique! Don Fadrique! teneis un corazón de hierro y unas entrañas de tigre!

— Señora, — preguntó el conde, haciendo recaer de nuevo bruscamente la conversacion sobre su tema favorito, — os empeñais en negaros á dar la mano á Don Nuño?

— Siempre!

— Reflexionadlo bien, Beatriz!

— Siempre, os digo. Me martirezareis, me insultareis, me matareis, pero yo no seré su esposa.

— Pues entonces, hija vil, hermana desnaturalizada, pues entonces, ven, acércate á esta ventana y mira!

Y mientras esto decia, el conde la cojió de una mano y la arrastró con su fuerza hercúlea hasta una ventana.

— Oh! — gritó dando un agudo chillido Doña Beatriz.

Se veian cinco hombres no lejos de la ermita espada en mano y combatiendo.

— Lo ves? allí está tu amante! — prosiguió Don Fadrique, — allí está ese aborrecido marqués de Villena. Su muerte es segura, hemos de beber su sangre. Su muerte es segura te digo. Ha caído en el lazo que le habíamos tendido.

— Dios mio! Dios mio! — exclamó la pobre muger demudado el rostro y presa de la convulsion mas violenta. — Quieren asesinarle!

— Asesinarle! tú lo has dicho. Hemos comprado puñales.

— Oh! yo le salvaré!

Dijo Doña Beatriz, y se lanzó hácia la puerta de la estancia, pero fué detenida por la mano de hierro del conde.

— Salvarle! es imposible, pobre insensata!

Y dejó escapar una especie de sonrisa histérica.

— Dejádme salir! — gritó la dama forcejando.

— No.

— Dejádme salir, asesino! Yo quiero, yo debo ir á salvarle!

— Os digo que no saldreis, Beatriz!

La pobre muger luchaba en vano, preso su brazo por la muñeca del conde que la retenia como un anillo de bronce.

— Atrás! atrás! — gritaba pálida, desmelenada, loca, la infeliz jóven.

— Atrás! yo quiero salir, yo quiero salvarle. Atrás, asesino! Vos no lo sabeis. El marqués tiene derecho á que yo acuda.

— Por esto es que os detengo aquí! oh! bien lo decia yo! — exclamó el conde fuera de sí. — El marqués es vuestro amante.

— El marqués es mi esposo.

Un estremecimiento horrible conmovió al de Guzman. Sus facciones se contrajeron espantosamente al oír esta palabra.

— Qué habeis dicho, desgraciada? — exclamó en el colmo de la rabia.

— La verdad. El marqués es mi esposo, mi esposo ante la tierra y el cielo!

— Oh!

— Soltadme! soltadme! quiero salir para.....

Y la jóven se interrumpió, se interrumpió horrorizada porque vió brillar una daga que se dirigia á su pecho.

Y cayó de rodillas á las plantas de su feróz hermano.

Pero, antes de seguir adelante, es fuerza que los lectores sepan y se enteren de lo que habia sucedido en el exterior del edificio.

Pocos momentos despues de haberse el de Guzman separado de Don Nuño, este creyó ver acercarse á lo lejos al marqués, que, puntual á la cita que el cartel le diera, acudia al sitio designado.

En seguida llamó Torre la Selva á los tres truanes.

— Alerta! — les dijo. — Allí viene nuestro hombre. Valor y resolucion!

— Nunca me ha faltado el uno y siempre me ha sobrado la otra, — dijo Rompetejas con su acostumbrado aire de importancia y retorciéndose el bigote.

— Pues entonces, despachad.

— Vamos á ver, camaradas, — dijo Rompetejas dirijiéndose á los dos bribones; — atencion á mis órdenes, y ojo avizor á mis señas! Nos esconderemos agachados tras de aquel matorral que allí á la izquierda se distingue, y vuestros ojos estarán fijos en mí que los tendré fijos en el caballero. Cuando me veais hacer la señal de la cruz, que es costumbre hereditaria de mi familia y cosa que hacian mis nobles antepasados antes de comenzar un combate, preparareis la espada y echareis mano á la daga. Cuando veais que me retuerzo el vigote, entonces saltad al camino y sacudídmeme cuchilladas por la espalda, que por mucha prisa que os deis ya me hallareis á mí atacándole. Con que, atencion y marchemos con la ayuda de Dios!

— Sí, sí, valor, amigos míos! — exclamó en esto Don Nuño, — y libertadme para siempre de ese odioso marqués de Villena!

Rompetejas que habia dado ya dos pasos se detuvo de pronto.

— Eh? — preguntó volviendo la cabeza hácia Don Nuño.

— Qué? — contestó admirado el de Torre la Selva.

— Cómo habeis dicho? — prosiguió el perdonavidas.

— Yo?

— Sí, vos. Qué es lo que deciais?

— Yo no decia nada.

— Perdonad, perdonad. Deciais: « libertadme de ese odioso.... »

— Marqués de Villena, — dijo Don Nuño concluyendo la frase.

— Cabalmente.

Y volviéndose hácia los dos bribones que iban adelantándose, les gritó:

— Alto, camaradas, alto! Es preciso que yo le diga primero dos palabras á Don Nuño.

— Dos palabras! qué quiere decir esto?

— Pues señor, — dijo Rompetejas sin contestar á la observacion del caballero, — lo siento mucho, pero nosotros no atacamos al marqués.

— Cómo, infame! Esto no es lo pactado!

— Precisamente porque no es lo pactado.

— Truan!

— Nada. Nosotros convenimos en que yo os quitaria de en medio á un caballero.

— Sí.

— Y ahora me salís con que ese caballero es el marqués de Villena.

— Sí.

— Es decir, el privado de Don Enrique?

— Sí.

— Es decir, el hombre mas poderoso de Segovia?

— Sí.

— Es decir, el hombre cuya muerte puede costarnos nuestras cabezas?

— Pero en fin, — preguntó impaciente Don Nuño, — á qué viene á parar todo esto?

— Viene á parar, señor caballero, en deciros que no entendeis ni un ápice de estocadas si creéis que por la suma convenida he de despacharos al de Villena. Seria una deshonra para mí y para él mismo cuando se supiera.

— Ah! con que quieres mayor precio?

— O no hay nada de lo dicho.

— Pues bien, cuánto pides, y apresúrate, vive Cristo! porque el tiempo vuela.

— Voy á sacaros las cuentas.

— Vível vivo!

— Por ser el privado de Don Enrique, por ser quien es y porque el tiempo vuela, como muy juiciosamente habeis observado, me dareis trescientos ducados, ni uno menos, sobre los que tenemos pactados.

— Tómalos y adelante!

Rompetejas guardó el bolsillo que le dió Don Nuño é hizo seña á sus dos compañeros que fueran á colocarse tras el matorral.

Entretanto, el de Villena iba adelantando, y pareciéndole desde lo alto de una cuesta ver á Don Nuño en la puerta del santuario, apresuró el paso, pero antes de llegar á él, y en ocasion de cruzar por delante de un matorral, un hombre con la espada desnuda le atacó de frente, mientras que otros se le dirijian por la espalda.

— Ah! traidores! — gritó el de Villena.

Y con una agilidad admirable, atendida la armadura, dió un salto de lado y poniéndose á la otra parte del camino evitó el primér ataque y tuvo tiempo de sacar la espada.

— A él! — exclamó Rompetejas.

— Esto es obra del traidor Don Nuño, — gritó el de Villena, — pero á fé que no ha de valerle, que sois pocos los tres para el del capúz colorado.

— Abajo las espadas! — dijo en esto Rompetejas, herida su atencion por este nombre. — Sois vos el caballero del capúz colorado?

— Calla! — exclamó entonces el marqués, reconociendo al bribon. — Rompetejas, el matador de gentes!

— El mismo; aquel á quien vos salvasteis una noche la vida y que os ofreció en cambio sus servicios.

— Toma! toma! — dijo el de Villena, — ya veo que Don Nuño ha tenido mala mano en elegir sus gentes. El traidor no es hombre de fortuna.

Los dos compañeros de Rompetejas empezaron á refunfuñar.

— Eh! qué es eso? — les dijo el maton. — Este caballero tiene derecho á que yo le sea agradecido. Me salvó la vida, prometile mis servicios y empiezo á satisfacer mi deuda. Yo soy hombre de palabra.

Los otros dos no parecieron quedar convencidos. Temian perder el dinero que se les habia prometido. En esto llegó Don Nuño corriendo. Observador desde lejos del giro amistoso que habia tomado la cosa, sospechó algo parecido á lo que sucedia.

— Aquí está el infame! — dijo el de Villena dando un paso hácia él.

— Me vendiais, traidores? — gritó Don Nuño.

Los dos le indicaron con el gesto que no eran ellos sino Rompetejas.

— Cien ducados mas á cada uno, — les dijo entonces Don Nuño con violencia — si me prestais ayuda.

Los dos hombres se pusieron en seguida al lado del de Torre la Selva.

— Villanos! — dijo Rompetejas.

— Dejadles que vengan! — murmuró el de Villena.

Entonces empezó esa lucha de cinco hombres que Beatriz vió desde la ventana de la ermita creyendo que los cuatro lidiaban contra el marqués. Rompetejas se habia unido á este y no dejaba de menudear en verdad los tajos y cuchilladas. Don Nuño echaba espuma de rabia.

— Á mí, traidor! á mí, infame malandrín! — gritaba el de Villena á Don Nuño.

En medio del combate sus espadas llegaron á encontrarse.

— Ahora veremos, — dijo el marqués, ahora veremos quien puede mas, cobarde!

Don Nuño peleaba ciego de cólera, y conocida es ya la maestría del de Villena en el manejo de la espada. El combate fué corto por lo mismo. El pobre señor de Torre la Selva cayó sin exhalar un grito, atravesado el pecho por